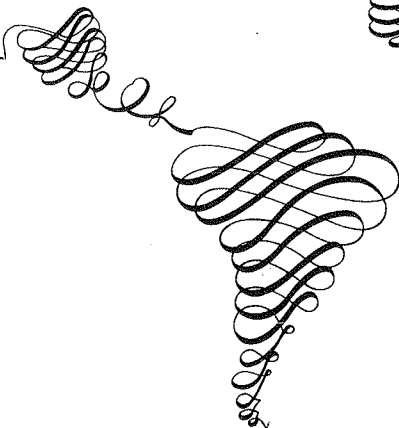




Las razones del malestar

NEGAR que el malestar está muy extendido en la sociedad española sería vendar los ojos ante la evidencia. Algunas clases bien guarecidas no padecen la intemperie, pero en general puede afirmarse sin exageración que el país anda irritado. Algunos tienden a generalizar el malestar y otros lo relativizan arguyendo que nunca en el pasado hemos vivido mejor. Esto último es probablemente verdad, aunque no lo sea para todos. Sin embargo, el ciudadano no suele comparar con el pasado sino con lo que esperaba del presente. Y frente a estas expectativas, el malestar se extiende, por unas u otras razones, a amplias capas de la sociedad.

Irritación ¿contra qué?

EL memorial de agravios que la sociedad española querría presentar a quien corresponda, pero sin saber muy bien a quién, es extenso y afecta a temas nucleares de nuestra vida:

- La agricultura sufre los efectos de la PAC (Política Agrícola Común de la CE) y presenta una contracción sin esperanza. El campo agoniza: el valor de la tierra decrece a más de un 10 por 100 anual, las únicas alternativas que se ofrecen a los agricultores consisten en subvencionar el abandono de las explotaciones agrarias o ganaderas o la cesión de la titularidad a terceros. Los Fondos FEOGA

comunitarios garantizan no morir de hambre, pero son entendidos por los agricultores más como un mecanismo desactivador que como un instrumento para reequilibrar las rentas. «Lo único que esperamos es una muerte dulce», nos confesaba un grupo de «Jóvenes Agricultores», sabedores de que el gran planificador ha determinado que sobra la mitad de nuestra población agraria.

- *La industria está en quiebra, inducida también por la CE. Los eufemismos de reconversión o reindustrialización no sirven ya para camuflar la progresiva desindustrialización. El sector público desagua más de 20.000 parados cada año; el inaplazable saneamiento de HUNOSA carece de la perspectiva reindustrializadora de los valles mineros; los esfuerzos del gobierno vasco por hacer reflotar ACENOR o Altos Hornos topan con la inexistencia de mercados; el gran esfuerzo financiero del 92 ha dejado hipotecado el futuro inmediato, aunque nos deje infraestructuras ventajosas para el largo plazo.*
- *Los servicios, único sector con capacidad expansiva, se está contrayendo en dos de sus componentes más significativos: a) el turismo ha entrado en declive probablemente irreversible, aunque el 92 sea un año excepcionalmente positivo. Los abusos de precios y las deficiencias de estructura están matando la gallina de los huevos de oro; b) los negocios especulativos, a los que acudía el capital extranjero, cebado por los altos intereses, están tocando a su fin, en la misma medida en que los acuerdos de Maastricht provoquen el acercamiento de nuestros tipos a los más bajos de la CE.*
- *Como consecuencia de todo lo anterior, el paro se ha hecho endémico y se empieza a reconocer paladinamente que debemos acostumbrarnos a vivir con un desempleo estructural de más de dos millones de personas. Por si fuera poco, el llamado «decretazo» recorta sustancialmente las prestaciones por desempleo y cuarteo todavía más la esperada sociedad del bienestar.*
- *Otros muchos problemas se agolpan ante el ciudadano: el terrorismo y la inseguridad siguen siendo problemas no resueltos; la progresión del tráfico y consumo de drogas, con*

toda la delincuencia asociada, parece una plaga bíblica ante la que la sociedad no acierta a reaccionar más que con preservativos y máquinas canjeadoras de jeringuillas; la universidad no satisface los mínimos exigibles ni como cauce de vocaciones ni como preparadora para el mercado de trabajo; la excesiva abundancia de prensa amarilla y de telebasura se jactan de exhibir públicamente una sociedad sin conciencia; la corrupción es ya una sospecha demasiado general... etc.

Irritación ¿contra quién?

ES extremadamente difícil señalar personas o instituciones como culpables del malestar hispano. Hacerlo con carácter general y sin matices sería injusto para la mayoría. La oposición tiende a atribuir al gobierno la responsabilidad de todos los males, mientras éste es proclive a descargar sobre aquélla la acusación de agrandar los errores y potenciar, por esta vía, la crispación colectiva. La intuición del pueblo distribuye las responsabilidades de modo más uniforme y equitativo:

- Al Gobierno le imputa haber pilotado el tránsito a la modernidad desde unos presupuestos ideológicos flacos, que se han ido vaciando de sus mejores programas (honradez, solidaridad internacional y nacional, aminoración de la distancia entre las clases y territorios), haber creado un fundamentalismo fiscal y haber dejado enquistar muchos de los problemas. Los sindicatos señalan a los ministros de Economía y de Trabajo; contra el ministro del ramo se manifiestan los trabajadores y usuarios de la Sanidad Pública, que funciona ahora tan mal como bajo el franquismo; contra el ministro de Comunicaciones se levantan las voces de los usuarios de Correos, servicio que ciertamente funciona peor que bajo el franquismo... Pero la sociedad empieza a dirigir ya sus protestas contra el presidente, al que hasta hace poco, por sus aciertos globales, eximía graciosamente de responsabilidades concretas.*
- A la oposición le imputa criticar la misma política liberal que ella realizaría si estuviera en el poder, cambiar su*

discurso según los vientos (por ejemplo, asumir la tesis de la Administración Unica en las comunidades autónomas) y, en general, ejercer más la crítica destructiva que la constructiva.

— A los jueces les atribuye venalidad, falta de independencia, pronunciar sentencias disparatadamente diversas en casos jurídicamente equiparables, teorizar sobre lo opinable en lugar de aplicar las leyes, faltar a la diligencia en procesos que se arrastran durante decenios cuando podrían sustanciarse, aun con los precarios medios con que cuentan, en uno o dos años, y defenderse corporativamente más allá de la justicia.

— A la clase política se la acusa de haberse cerrado en sí misma, al margen de la sociedad, constituyéndose en una superestructura siglada, en la que cuenta más la disciplina que la conciencia, la subordinación al jefe que la propia autonomía. Se la ve como primera responsable de encubrir los casos de corrupción siempre que sirvan a las siglas, en gran parte apesebrada al cargo, capaz de pactar con el diablo para no perder o para ganar una nueva cota de poder.

— A los sindicatos se les acusa de jugar a dos bandas, recibiendo con una mano las asignaciones presupuestarias y vapuleando con otra a la sociedad que se las da, de haberse burocratizado al estilo corporativo, de defender sólo a los trabajadores en activo, desentendiéndose de los parados o de los inmigrantes, aunque a veces tengan referencias retóricas a los mismos.

— A los intelectuales se les acusa de haber dejado de ejercer su esencial función crítica o de ejercerla en la frivolidad, en la disquisición metafísica, en el orden de lo no real, disquisicionando sobre lo adjetivo o lo histórico pero sin proyección sobre lo presente y sustantivo.

— A los educadores y padres se les acusa de dejación de la función correctora y, cuando es necesario, sancionadora, de carencia de nortación ética, de anteponer las obligaciones instructora o nutricia a la más primordial función educadora que las integra.

— A nosotros mismos nos acusamos de no ejercer como

ciudadanos, de sucumbir a la pereza y no crear cuerpos intermedios que vertebran y vitalicen la vida colectiva, de haber reducido, en suma, nuestra participación democrática a votar cada cuatro años.

Irritación ¿por qué?

LOS dos epígrafes anteriores podrían ya justificar el porqué de la crispación nacional. Bajo forma de respuestas a contra qué y contra quién se han dado, en realidad, poderosas explicaciones del malestar colectivo. Sin embargo, hay también una explicación que va más a la raíz que a la circunstancia. Alguien la ha expresado con una frase, quizá muy solemne, pero exacta: «ha disminuido el horizonte de nuestras expectativas».

Efectivamente, los grandes proyectos capaces de justificar el esfuerzo e incluso el sacrificio colectivo han recortado sensiblemente sus horizontes iniciales: ni Europa da lo que prometía, ni la democracia es la panacea de los males, ni los políticos son ángeles, ni los ciclos de prosperidad son eternos, ni las cajas del INEM son inagotables, ni la demolición del comunismo comporta necesariamente un crecimiento de la libertad, ni el nuevo orden mundial excluye episodios de malignidad.

En un contexto de bonanza se difundieron impunemente entre nosotros dos pegadizos ritmos de conducta: el allegro de la filosofía del éxito y el andante de la filosofía de la deconstrucción. Llegado el tiempo de reducir las expectativas, ambos se tornan contra nosotros: la filosofía del éxito se rompe en la modestia de los logros y la filosofía de la deconstrucción dejó el campo desolado de valores para redimirnos del malestar. Y ésta es, a nuestro juicio, la principal preocupación: estamos irritados pero no atisbamos la manera de dejar de estarlo.